



Soldados de los Regulares posan junto a un cañón capturado al enemigo en la Guerra de Marruecos (1921). Fuente: El Faro de Ceuta.

LAS FUERZAS REGULARES. UNA HISTORIA CON FUTURO

JUAN SERGIO REDONDO

Será a finales del siglo XIX y en pleno frenesí colonialista europeo, cuando España empezará a prestar mayor atención a sus territorios norteafricanos. La pérdida de las últimas posesiones ultramarinas en 1898, unida al creciente interés que iba tomando el asunto marroquí en algunas cancillerías europeas, de especial intensidad en la francesa, obligará al Gobierno español a implicarse cada vez con mayor intensidad en una cuestión que a la postre le arrastrará a un conflicto colonial que mediatizará la política hispana en las tres primeras décadas del siglo XX.

España participará desde un primer momento en las negociaciones para la constitución de un protectorado franco-español en Marruecos, un estatus que quedará ratificado con carácter internacional tras la conferencia celebrada en Algeciras en 1906, estableciéndose de forma definitiva sobre el territorio a partir de 1912.

El reparto, como bien es sabido, fue desigual, correspondiendo a España una pequeña franja de territorio, bastante montañosa, al norte, habitada por belicosas cabilas de origen bereber y otra franja al sur totalmente inhóspita y desértica, situada entre el cauce y

desembocadura del Río Draa y Cabo Juby, siendo este último accidente geográfico el que le dará nombre al territorio durante la dominación española.

Entre 1906 y 1912, los enclaves norteafricanos de Ceuta y Melilla se convertirán en centros de irradiación de la penetración española en su zona asignada del protectorado marroquí. Convirtiéndose ambas ciudades en ejes fundamentales desde donde gravitará la acción económica y militar que se llevará a cabo, en el caso de Ceuta, en la zona occidental conocida como Yebala, o en el de Melilla, sobre la zona oriental conocida como Rif.

España se encontró a partir de entonces con la monumental tarea de ejercer el control y conseguir la pacificación de un territorio que, desde finales del siglo XIX, se encontraba en pie de guerra contra los diferentes sultanes marroquíes, muy cuestionados en su legitimidad y autoridad. La rebelión del Rogui Bu Hamara capitaneada desde su capital rifeña de Zeluán o las continuas banderías del Raisuni en la Yebala, que tenía como base de operaciones la ciudad santa de Xauen, serán pruebas evidentes de la compleja situación a la que España tenía que hacer frente.

Esta inestabilidad obligó a la potencia protectora a realizar un esfuerzo bélico de cierta envergadura en relación con el habitual despliegue militar que España había venido implementando desde antaño en la región. Este se caracterizaba, en esencia, por el uso de fuerzas destinadas a labores defensivas y de protección de las plazas de soberanía en el norte de África, sin unidades específicas o con adiestramiento especial para labores ofensivas o de ocupación. Algo que se pondría de manifiesto durante la campaña de Melilla de 1909, donde el uso de regimientos de plaza formado por tropas bisoñas de reemplazo con deficiente adiestramiento para el combate, sucumbieron de forma rápida ante la embestida de las belicosas tribus del Rif, dando lugar al denominado desastre del Barranco del Lobo.

El desastre dejó en una situación bastante precaria a las exiguas fuerzas destacadas en Melilla, obligando al Gobierno a decretar la movilización de reservistas, provocando con

ello una reacción popular en el país que tuvo su punto más crítico en la Semana Trágica de Barcelona, rebelión de carácter prerrevolucionario, reprimida con dureza y que a la postre daría al traste con el gobierno conservador de Antonio Maura.

Los gobiernos liberales que le sucedieron pronto entendieron lo impopular de la acción colonial española en Marruecos, con una clase política y social muy poco dispuesta a repetir el esfuerzo humano realizado en la década anterior en las campañas de Cuba y Filipinas. Por ello, valoraron la necesidad de implicar a los propios marroquíes en las campañas y acciones militares destinadas a la instauración y pacificación del incipiente protectorado. Como consecuencia inmediata de ello sería la creación en 1909 de la Milicia Voluntaria de Ceuta o los tabores de la Policía Indígena en Melilla, primeras unidades formadas esencialmente por marroquíes y comandadas por oficiales españoles.

Estas primitivas unidades

indígenas comenzarán dando el resultado esperado, recayendo sobre ellas, en la mayor parte de los casos, el peso de las acciones más arriesgadas y en vanguardia realizadas durante el proceso de pacificación iniciado tras la guerra de 1909 y las primeras fases de penetración y ocupación del protectorado.

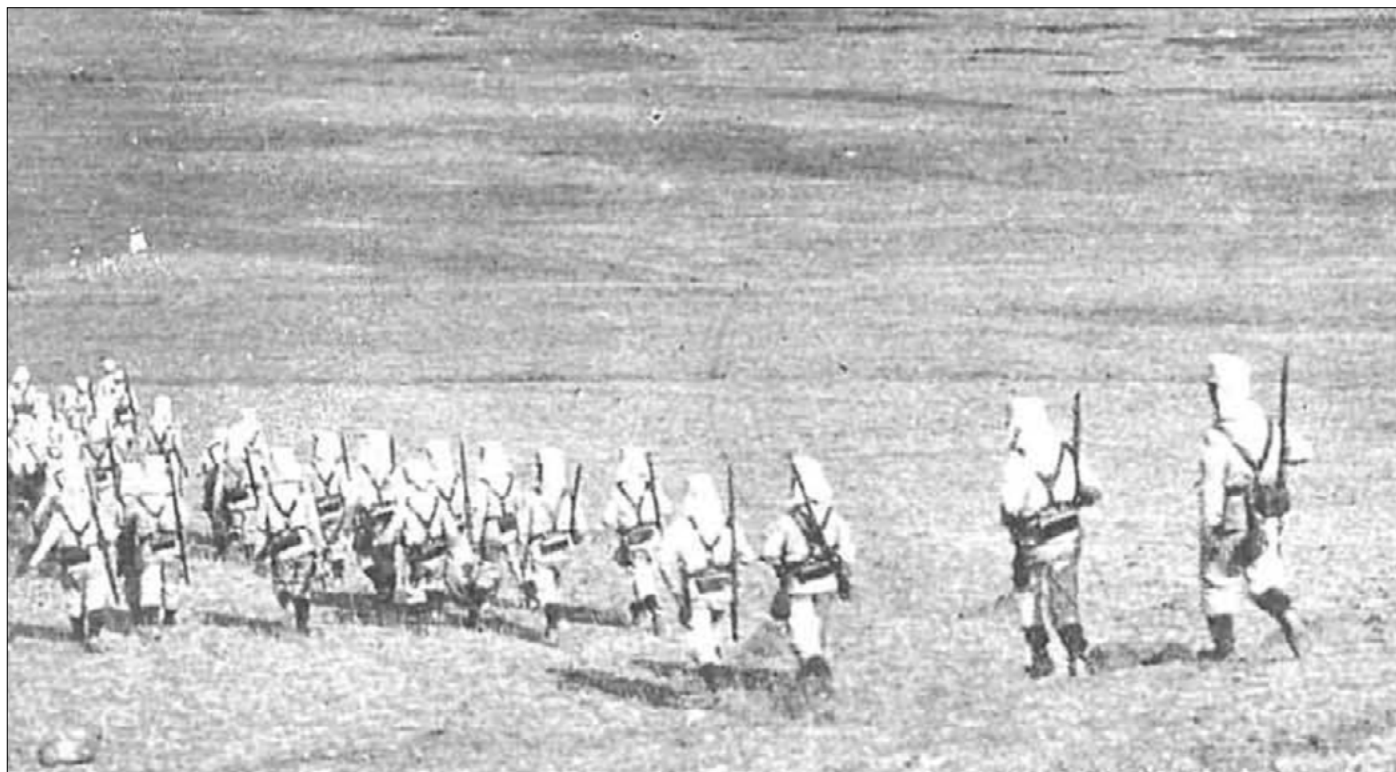
La idoneidad del personal indígena, muy bien adaptado al territorio, para este tipo de operaciones, unido al hecho de que su uso limitaría la necesidad de tener que utilizar exclusivamente a soldados de origen peninsular, hizo que las autoridades militares del protectorado planteasen al Gobierno la posibilidad de organizar una unidad militar de mayor envergadura y organización que las ya existentes.

La aceptación de tal propuesta dio como resultado, por Real Orden Circular de 30 de junio de 1911¹, la creación de un Batallón de Infantería con cuatro Compañías y un Escuadrón de Caballería Indígenas con la denominación de

Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla, dependiente de la Comandancia General melillense.

La nueva unidad militar desarrollaba un modelo táctico novedoso, al integrar fuerzas de infantería con caballería, creándose con ello una unidad de tipo mixto con cierta autonomía para operar de manera continuada en una zona hostil y de difícil acceso, a la que, por lo general y dadas las limitadas capacidades técnicas del momento, era bastante difícil hacer llegar refuerzos en cortos espacios de tiempo. Esta cualidad la hacía especialmente apta para ocupar posiciones de extrema vanguardia en el complicado frente de operaciones del protectorado.

En julio de ese mismo año se designó a su primer jefe, el teniente coronel Dámaso Berenguer Fuste, oficial de caballería nacido en Cuba, que más tarde acabó desempeñando un papel fundamental en el diseño inicial de la organización militar del protectorado y en las acciones militares resultantes



Tropas españolas del general Pintos avanzando por el Gurugú hacia el Barranco del Lobo. 27 de julio de 1909. Fuente: Wikipedia.

del conflicto rifeño que azotaron el territorio ya en la década siguiente.

Tras unos satisfactorios resultados iniciales, el mando optó por una ampliación de su plantilla, pasando a contar con seis compañías de fusiles y tres escuadrones, divididos en dos tabores de infantería y uno de caballería. Tras esta reorganización pronto recibió su bautismo de fuego, el cual llegará a finales del año de su creación, al intervenir en una *razzia* cerca de Melilla contra la cabila de los Beni Buyahi, consiguiendo en esta acción sus primeras medallas individuales, al concederse varias Cruces al Mérito Militar con distintivo rojo de primera clase para varios de los oficiales, suboficiales y tropa de su primera compañía. De igual modo, sus primeras bajas se producían el 16 de noviembre de 1911² en las cercanías del campamento de Buxdar, durante el transcurso de una operación de protección de convoyes.

A lo largo de 1912, año en el que, como ya indicamos, se constituye de forma oficial el protectorado español sobre la zona norte de Marruecos, se sucederán las acciones militares producto del progresivo proceso de ocupación de cabillas y poblados.

Destacándose por su dureza, y por ser la que dará a la unidad su primer laureado, la acción del 14 de mayo de 1912. Esta actuación tendrá como resultado, la ocupación del Aduar de Haddu Al-Lal u Kaddur, que pondrá fin a la Campaña del Kert de ese año y por la que se concederá la primera Laureada de San Fernando en favor del teniente de Caballería don Jaime Samaniego y Martínez-Fortún, que morirá durante las operaciones.

El empeoramiento de la situación en la zona occidental del protectorado aconsejará el traslado de la unidad a Tetuán,



Regular marroquí transportando los restos de un Cristo gótico de la iglesia de Maqueda (Toledo) durante la Guerra Civil.

Fuente: Ministerio de Cultura y Deporte.

iniciándose de inmediato las operaciones sobre las inmediaciones de la capital de la Yebala, actuando sobre Lau-cién, Mogote, Ansa, Hamra y Zadina o Beni Salen, en cuya ocupación ganarán sus Laureadas Individuales el comandante Sanjurjo, el capitán Ayuso y el teniente Aizpurúa.

Las campañas en la zona occidental del protectorado destacaron la importancia de la participación de las fuerzas formadas por las tropas indígenas hasta ese momento existentes. Siendo por tal motivo que, en 1914, el mando decidiera una nueva reorganización de estas unidades. Formándose ese año en base a ellas, cuatro Grupos de Fuerzas Regulares

Indígenas, que pasarían a denominarse Tetuán nº1, Melilla nº2, Ceuta nº3 y Larache nº4, compuestos cada uno de ellos por dos Tabores (Batallones) de Infantería, de tres Compañías, y un Tabor de Caballería, de tres Escuadrones.

Entre 1914 y 1921, año en el que se produce el Desastre de Annual avivándose la llama de la guerra en la zona oriental, los diferentes grupos de regulares destacados en la zona occidental participan de manera activa y en vanguardia en todas y cada una de las operaciones destinadas a la ocupación y pacificación de la Yebala. En estos años estarán presentes en la zona de Ceuta, destacándose en el asalto

a la Loma de las Trincheras y el Biut, en la de Tetuán, participando en las ocupaciones y combates de Beni Madan, Cudia Tahar o Ben Karrich, entre otros. Apareciendo ya a mediados de 1920, operando en la zona de Xauen y en la zona del Lau, ocupándose Dar Aco-ba, Garroba, Garusín y Miskrela, continuando todo el año con servicios de descubierta, colocación de blocaos, convoyes y emboscadas. Mención expresa merece la acción de Tazarut, encuadrada en las operaciones destinadas a la pacificación de esta zona occidental, y en la que será herido de muerte el teniente coronel del Grupo de Regulares de Ceuta, Santiago González Tablas, por cuya heroica actuación recibirá la Cruz Laureada de San Fernando.

Mientras tanto, el peso de los combates en la zona oriental correrá a cargo de los regulares destacados en Melilla, viéndose directamente implicados en todas las acciones anteriores y posteriores al llamado Desastre de Annual. Los regulares del Grupo melillense se batirán con bravura inusitada durante aquel infausto verano de 1921, demostrándose una sólida preparación y disciplina que en más de una ocasión les hace llegar al sacrificio, como en el caso de los laureados capitán Salafranca en la defensa de Abarrán, y el capitán Cebo-llino, en el convoy a Igueriben.

La campaña de “desquite”, así llamada por quienes participaron en las acciones de reconquista y castigo posterior al desastre, planteó la necesidad de ampliar las fuerzas regulares destacadas en la región oriental, organizándose en 1922 un nuevo grupo de regulares con base en la localidad rifeña de Segangan, que tomará la denominación de Alhucemas nº5 quedando al mando del teniente coronel Rafael Valenzuela Urzaiz.

En 1925, los grupos de

Regulares tendrán un papel destacado en el desembarco hispanofrancés de Alhucemas, destinado a tomar Axdir, capital de la cabila de los Beni Urriagel base de operaciones de su líder Abd el-Krim el-Jat-tabi. Participando de este modo en la vanguardia de las operaciones que permitieron derrotar a sus huestes, marcando con ello el principio del fin de la insurrección rifeña.

El final de la campaña marroquí supuso para los Regulares, el paso de los combates a las labores de control y pacificación del territorio, participando activamente estas fuerzas en el desarme de las cabilas, asegurando la paz y facilitando la realización de las infraestructuras de las ciudades y comunicaciones en todas las zonas del protectorado.

La caída de la monarquía de Alfonso XIII y la subsiguiente proclamación de la Segunda República pillarán a los grupos de Regulares inmersos en sus tareas de protección y policía. Aunque por poco tiempo, ya que pronto será reclamada su actuación en acciones de combate. La primera de ellas llegará con motivo de la Revolución de Asturias de octubre de 1934. Sucesos revolucionarios de extrema violencia y que obligarán al gobierno republicano conservador, encabezado por Lerroux, a tirar de las fuerzas regulares para sofocar el violento levantamiento de los mineros asturianos alentados por anarquistas, socialistas y comunistas.

Pero el acontecimiento que pondrá a prueba las capacidades bélicas, de adiestramiento y adaptación de estas unidades indígenas, será sin duda, el conflicto civil que asolará España entre 1936 y 1939. Contienda que enfrentará a los seguidores del gobierno del Frente Popular contra una parte de la sociedad española, liderada por esos mismos militares

africanistas que, en algún que otro momento de su carrera, habían formado parte de las Fuerzas Regulares Indígenas.

La Guerra Civil Española, acabará consagrando para la historia a los Regulares. Estos, junto a la Legión, constituirán el grueso del Ejército nacional liderado por el general Franco que, desde Marruecos, pondrá rumbo a la conquista del Madrid republicano. Participando a partir de entonces en todos y cada uno de los escenarios del conflicto y actuando como fuerzas de choque y extrema vanguardia en la mayoría de las acciones bélicas que tienen lugar en la misma: Avance hacia Madrid, liberación de Toledo y su Alcázar, defensa de la Ciudad Universitaria, Batalla del Jarama, Teruel, Batalla del Ebro o el Frente de Cataluña.

Serán doce los Taboros que se llegaron a organizar durante la guerra. Esta importante contribución al esfuerzo bélico durante la Guerra Civil, unido a sus reconocidas y recompensadas acciones durante el conflicto marroquí, harán que los regulares sean hasta la fecha la unidad más condecorada del Ejército Español. Presentan un impresionante historial de 55 Laureadas individuales, 18 Laureadas colectivas, 61 Medallas Militares colectivas y 208 individuales, prueba evidente del arrojo y valor mostrado por estas unidades en las situaciones más extremas y difíciles de los combates en los que intervinieron.

Concluida la Guerra Civil, la situación internacional obliga a mantener un fuerte Ejército en el norte de África, y por ello los efectivos de las Fuerzas Regulares Indígenas sufren una profunda reorganización. Se crearán cinco nuevos grupos que se sumarán a los cinco ya existentes, tomando la denominación de Xauen nº6, con base en la citada ciudad santa, Llano Amarillo nº7, con sede

en Melilla, Rif nº8, con sede en Beni Sicar (Nador), Arcila nº9, con sede en Alcazarquivir y Bab-Taza nº10, con sede en Bab-Taza (Xauen).

Esta estructura se mantendrá hasta la independencia de Marruecos en el año 1956, la cual se modificará una vez más como consecuencia de los planes de repliegue del Ejército Español del ya extinto protectorado. Tal y como recoge la Orden General del Ejército del Norte de África de 31 de agosto de 1961 *“cumplida la misión que España asignó a su Ejército en Marruecos, las últimas unidades militares españolas abandonarían el territorio marroquí”*³. Ese mismo año quedan disueltos la mayor parte de los Grupos, manteniéndose los grupos de Tetuán nº1 y Ceuta nº3 de guarnición en Ceuta y el Melilla nº2 y Alhucemas nº5 con base en Melilla. En poco tiempo estos pasarán a estar fundamentalmente formados por españoles de origen europeo, de las ciudades de Ceuta, Melilla y otros lugares de España.

A partir de 1956 y una vez reorganizadas estas unidades serán diferentes los escenarios donde se requiera la presencia de sus efectivos. La Guerra de Ifni-Sahara de 1958-59 contará con la presencia de un grupo expedicionario formado por un tabor de maniobra que, junto a su unidad hermana de los Tiradores de Ifni y otras unidades como la Legión o los paracaidistas, participará en los combates de esta exótica guerra. Durante la marcha verde orquestada por Marruecos con la intención de invadir el Sáhara español, los grupos de Regulares estacionados en Ceuta y Melilla, ante la previsión de posibles actos hostiles de los marroquíes, fueron desplegados en las fronteras de ambas ciudades, interviniendo desde entonces cuando han sido requeridos, en todas y cada una de las crisis

fronterizas y migratorias que han afectado los territorios españoles del norte de África.

Con el final del siglo que los vio nacer, los Regulares se sometieron a nueva reestructuración que les dio la organización que en la actualidad poseen. Fusionándose los grupos de Alhucemas y Tetuán con los de Melilla y Ceuta respectivamente, dando paso a sus actuales denominaciones de Grupo de Fuerzas Regulares de Melilla nº52, numeración asignada como heredero del primigenio Regimiento de Infantería Melilla 52 y Grupo de Fuerzas Regulares Ceuta nº54, numeración que al igual que el anterior, se le asigna como heredero del extinto Regimiento de Infantería Ceuta 54.

El siglo XXI hará de los grupos regulares una fuerza altamente profesionalizada que tendrá un papel relevante en la proyección exterior de España, en función de sus compromisos internacionales. Ambos grupos formarán parte de agrupaciones en Bosnia-Herzegovina y Kosovo, el Líbano, Irak y Malí junto a otras unidades, participado en seguridad cooperativa en Túnez, mientras que también participarán aportando efectivos en despliegues como los realizados por el Ejército con fuerzas multinacionales en Afganistán.

En su heroico y poético himno, los Regulares recogen una estrofa que define a la perfección cual ha sido el espíritu que ha marcado profundamente el carácter de quienes, a lo largo de sus más de cien años de historia, han formado parte de sus gestas y heroicidades. Este dice así;

“A luchar y a sufrir / nadie nos podrá igualar / porque sabemos morir / es imposible seguir / al Soldado Regular / a luchar, a vencer, a morir”

Y así ha sido, así es y así será. Una historia escrita con la sangre de sus caídos y la

heroicidad de sus actos, un presente narrado desde la profesionalidad, la eficacia y el

espíritu de sacrificio y un futuro prometedor en el que, de la conjunción de las virtudes

pasadas y presentes, los grupos de regulares seguirán manteniendo intacta esa bandera que

tanto honor y tanta gloria han proporcionado a España y a sus ejércitos.



Desfile de Regulares de Ceuta. 2018. Fuente: El Faro de Ceuta.

BIBLIOGRAFÍA

Carrasco, Antonio y de Mesa, José Luís. “Historia militar del siglo XX: Las tropas de África en las campañas de Marruecos”. Revista Serga. Especial 1. 2000.

Fontenla Ballesta, Salvador. “La guerra de Marruecos (1907-1927) Historia completa de una guerra olvidada”. La Esfera de los libros. 2017.

García del Río Fernández, Juan y González Rosado, Carlos. “Grupo Regulares Ceuta nº 54”. 1911-2011. Un siglo de historia. 2011.

García Figueras, Tomás. España y su protectorado en Marruecos (1912-1956) CSIC. 1957.

Gonzalez Alcantud, José Antonio. “Historia colonial de Marruecos” 1894-1961. Almuzara. 2019.

Madariaga de, María Rosa. “Los moros que trajo Franco”. Alianza Editorial. 2015.

VVAA. “100 años de las Fuerzas Regulares”. Revista Tabor. Especial. GFRI Ceuta nº 54. 2011.

OTRAS REFERENCIAS

Historial Detallado GFR. Ceuta nº 54. Ministerio de Defensa. 2016.

Diario Oficial del Ministerio de la Guerra. nº 142 de 1 de Julio de 1911.

Diario ABC Sevilla. 1961. Hemeroteca Digital.